

# Torre de Papel



Paul Maar

## El canguro aprende a volar

Ilustraciones de Paul Maar



GRUPO  
EDITORIAL  
**norma**

Copyrighted



# EL CANGURO APRENDE A VOLAR

PAUL MAAR

Introducción de Marta Antonieta Nalus Feres

Ilustraciones de Paul Maar

GRUPO  
EDITORIAL  
**norma**

<http://www.norma.com>

Barcelona, Bogotá, Buenos Aires, Caracas,  
Lima, México, Miami, Panamá, Quito, San José,  
San Juan, San Salvador, Santiago de Chile

Título original en alemán  
DAS KLEINE KÄNGURUH LERNT FLIEGEN.  
de Paul Maar  
Una publicación de  
Verlag Friedrich Oetinger GmbH, Hamburgo  
Copyright © 1990 por  
Verlag Friedrich Oetinger GmbH.

Copyright © 1992 para todo el mundo de habla hispana  
por Editorial Norma S. A.  
A. A. 53550, Bogotá Colombia.

Todos los derechos reservados  
Prohibida la reproducción total o parcial  
de esta obra, por cualquier medio,  
sin permiso escrito de la Editorial.

Decimoseptima reimpresión, 2005  
Impreso por Editorial Buena Semilla  
Impreso en Colombia - Printed in Colombia  
Septiembre, 2009

Dirección Editorial, María del Mar Ravassa  
Dirección de arte: Mónica Bothe  
Diseño de colección, María Fernanda Osorio

ISBN: 958-04-1490-4  
ISBN: 978-958-04-1490-2



## Pelusa 79

El canguro está furioso con los pájaros. Todos los días, a las seis de la mañana, se posan en el marco de su ventana, y riñen, gritan y revolotean al tiempo como si fueran los dueños del mundo.

—¡Son las seis de la mañana! ¡Qué descaro! —reniega el canguro—. ¡Cállense! Déjenme dormir un rato más.

Sin embargo, los pájaros no escuchan y siguen con el alboroto.

—¡Silencio! —vocifera el canguro desde su cama. Pero nadie le pone



atención. Entonces salta de la cama disgustadísimo, abre la ventana y exclama—: ¡Váyanse a pelear a otro sitio! ¡Fuera! ¡Desaparezcan! ¡Discutan en un árbol del parque! Allá podrán gritar hasta ponerse negros. Yo quiero dormir, ¿entienden?

Los pájaros se quedan en silencio y miran al canguro con sorpresa.

—¿Hasta ponernos negros? —pregunta un cuervo socarronamente guiñando un ojo a los otros pájaros—. Entonces, como mis alas son negras, me puedo quedar aquí, ¿verdad?

Los demás pájaros encuentran el chiste tan gracioso que apenas pueden cerrar el pico de la risa.

—¡Déjense de tonterías —protesta el canguro.

Y el mirlo dice:

—¡Qué chistoso se ve cuando está enfadado!, ¿no es cierto?

—¡Miren el pijama que lleva puesto! —exclama el tordo.

El pinzón añade en tono de burla:

—¡Parece una cebra!

—No, no. Seguro es un tigre —dice el estornino.

—¡Un tigre, un canguro-tigre! ¡Ja!  
¡Ja!

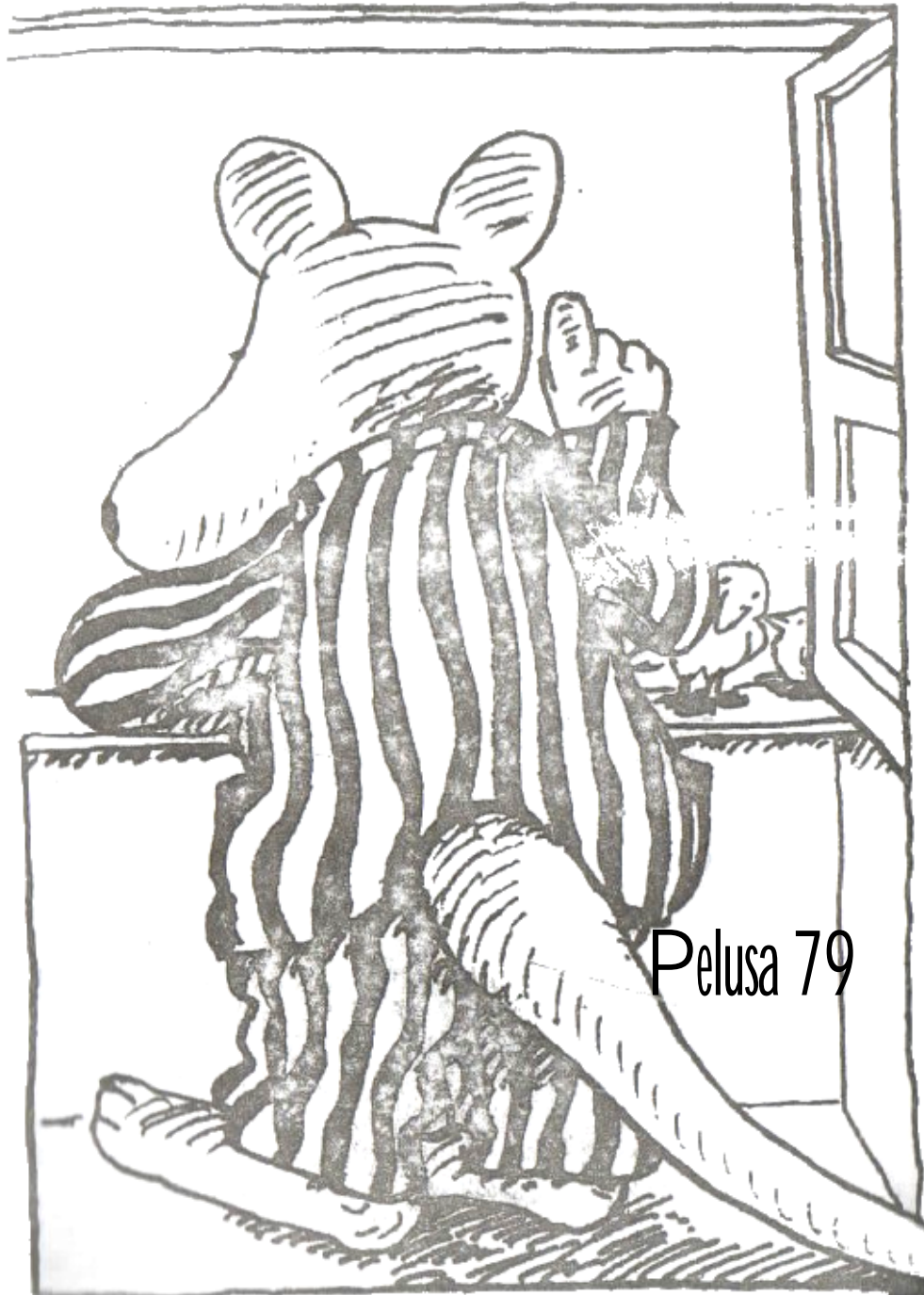
Los pájaros se ríen a carcajadas.



—¿Cómo así? ¿Qué les pasa? Este es un pijama normal y corriente —se defiende el canguro.

—¡No! Es un pijama de cebra.

Los pájaros se alejan del marco de la



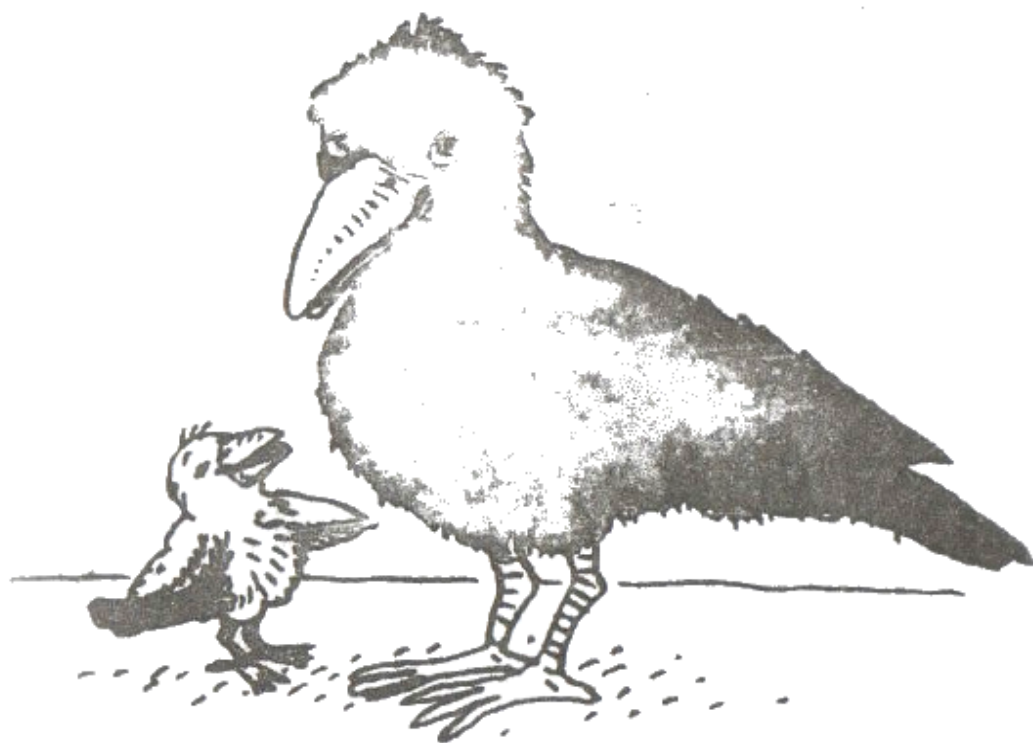
Pelusa 79

ventana y se ríen más fuerte. El canguro está cada vez más furioso.

—¡Pájaros presumidos! ¿Se creen muy importantes sólo porque pueden volar? ¿Sí? —grita desesperado.

—¿Y es que acaso *tú* puedes volar? —pregunta el cuervo con tono desafiante—. ¿O tu amigo el perro? ¿O el ratón de campo? ¿O tal vez el gordo elefante?

—Volar puede cualquiera, siempre que se lo proponga —asegura con furia el canguro—. Nada más fácil. Sólo se necesita un poco de práctica.



—¡Ja! ¡Ja! —contestan los pájaros desde el aire—. ¿Sí oyeron? ¿Oyeron lo que dijo? El canguro dice que puede volar. Solamente necesita practicar un poco. ¿Cuánto tiempo te tomará? ¿Diez años, o tal vez cien?

—Máximo una semana —responde el canguro con mucha seguridad en la voz.

—Qué interesante, ¡una semana! —exclama el gorrión.

—¿Han oído eso? En una semana el canguro nos demostrará que puede volar. ¡Vengan! Esto hay que contárselo a los demás pájaros inmediatamente.

—Sí, sí, tenemos que hacerlo —afirma el cuervo y alejándose grita—: Nos vemos en una semana, el próximo jueves.

—¡En una semana, en una semana! —exclama la bandada al unísono—. ¡En una semana, el próximo jueves! —y todos se alejan.

El canguro se tiende de nuevo en la

cama. Afuera reina el silencio, pero a pesar de eso, ya no puede conciliar el sueño.

—¿Qué voy a hacer ahora? —se pregunta preocupado—. ¿Por qué dije un disparate tan grande? El próximo jueves vendrán todos a verme volar. Tendrán un buen motivo para burlarse de mí. Pediré consejo al perro; tal vez a él se le ocurra una solución.

El perro está acostado en el pasto tomando el sol de la mañana. Apenas oye al canguro, levanta las orejas.

—Oye, necesito tu ayuda —y le cuenta toda la historia.

El perro pone cara de preocupación.

—Será difícil, muy difícil. —opina rascándose la oreja izquierda con la



pata trasera izquierda—. Pero pensemos: ¿Con qué vuelan los pájaros?

—Con las alas —responde el canguro.

El perro asiente y pregunta:

—¿Y de qué están hechas las alas?

—De plumas —responde el canguro.

—Correcto. Entonces, lo que necesitas para poder volar son plumas —explica el perro.

—¿Y cómo se supone que voy a conseguir plumas? ¿Cómo voy a hacer que me crezcan alas? —pregunta el canguro.

El perro se queda pensativo y después dice:

—Pensándolo bien, no creo que lo logres. Por lo menos no en una semana. De todas maneras, debemos reunir plumas. Plumas de gallina, de águila, de buitre. Todas las plumas grandes que encontremos. Cuando tengamos bastantes, construiremos dos alas.



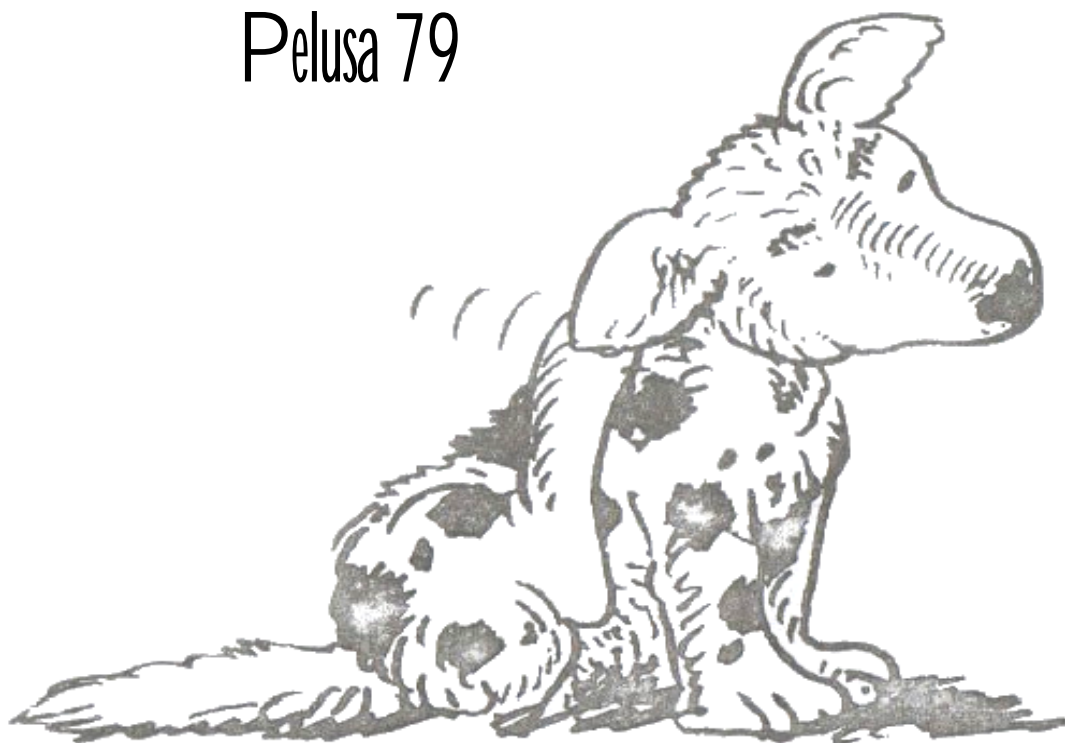
—¿Y podré volar con ellas? —pregunta el canguro.

El perro se rasca la oreja derecha con la pata derecha y responde:

—Es muy posible, si tienes suerte. Pero de todas formas, ni mucho, ni muy lejos.

—No importa —dice el canguro—. Lo importante es que pueda volar para que esos pájaros tontos se den cuenta de que no tienen razón.

## Pelusa 79



El canguro se dedica toda la semana a reunir plumas con ayuda del perro y de su otro amigo, el ratón.

El miércoles temprano, han reunido suficientes plumas.

Con dos palos, algo de goma, un par de correas de cuero y muchísimas plumas grandes, arman dos alas artificiales.

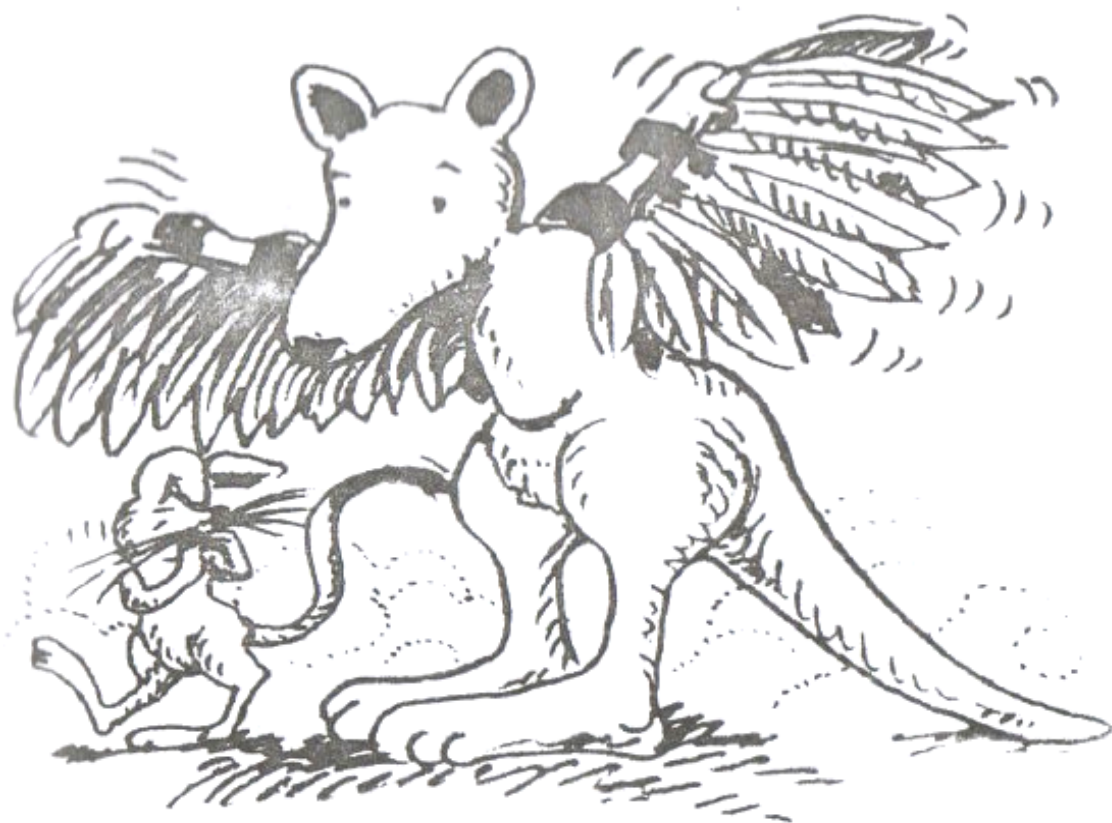
La goma tarda medio día y toda una noche en secarse.

El jueves, temprano en la mañana, el canguro puede al fin colocarse las alas sobre los hombros.

Al mover las alas levanta tanto polvo que el ratón estornuda fuertemente.

—¡Salud! —le dice el canguro y deja de batir las alas; después pregunta—: Díganme toda la verdad: ¿Volé o no volé?

—¡Para ser franco, ni un centímetro! —responde el perro—. Eres demasiado pesado y no puedes despegar del suelo. No debieras intentar volar de abajo hacia arriba, sino de arriba hacia abajo. Desde un asiento, por ejemplo, o desde una montaña.



—¡Perfecto! Detrás de nuestra casa hay una colina. Me lanzaré desde allí —afirma el canguro muy entusiasmado.

Cuando está escalando la colina aparecen los pájaros.

—¡Miren eso! ¡Miren! —gritan entusiasmados—. ¡El canguro pretende volar! ¡Vengan a ver! ¡Vengan todos, vengan!

El canguro no se impacienta. Ya se encuentra en lo alto y bate las alas muy lentamente.

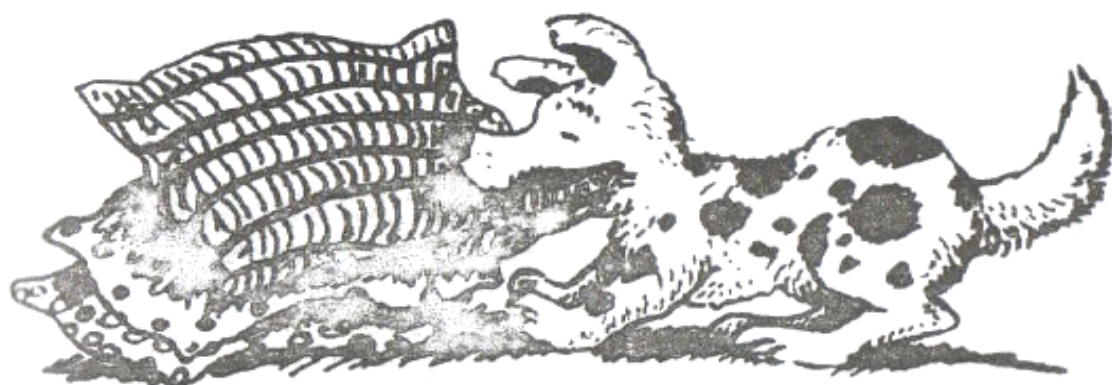
—¡Espera, no vuelas todavía! —grita el perro.

Se marcha corriendo y regresa con tres cojines.

—¡Todavía no; espera un momento! —grita el ratón arrastrando más cojines y poniéndolos al pie de la colina, unos al lado de los otros.

Mientras tanto, el canguro permanece arriba batiendo lentamente las alas con sus brazos.

—¿Quieres volar, o es que siempre



duermes la siesta de pie? —pregunta con sorna el pinzón.

Todos los pájaros ríen al unísono.

—¡Contamos diez segundos para iniciar! —grita el canguro, aleteando cada vez más rápido—. Diez, nueve, ocho, siete, seis...

—¿Hacia dónde vas a volar, hacia un árbol o hacia el techo de nuestra casa? —pregunta el cuervo.

El canguro sigue contando:

—Cinco... cuatro... tres... dos... uno... ¡CERO!

Da tres pasos para tomar impulso, aletea más rápido, salta y cae en el suelo como una piedra.

Menos mal que allí hay cojines. Por lo menos así es menos doloroso el golpe.

—¡Ja, ja, ja! ¿Han visto eso? —grita el cuervo.

—El canguro se ha caído. ¡Ha volado en picada hacia abajo! —vocifera el colibrí.

—¡Se ha caído, ha volado hacia abajo! —grazna el grajo.

—¿Así que volé hacia abajo y caí de narices?

—¡Sí, sí, volaste y caíste, ja, ja, ja! —chillan y gritan los pájaros.

El canguro se inclina haciendo una reverencia:





—Gracias por confirmármelo — dice. Y dirigiéndose al perro y al ratón pregunta—: Ustedes también lo oyeron, ¿verdad? Los pájaros han confirmado que volé.

—Sí —afirma el ratón—, lo han dicho. Es verdad.

—Claro que sí has volado —dice también el perro—. ¿Por qué siempre se debe volar hacia un árbol o hacia el techo de una casa? ¿Por qué no se puede volar hacia abajo, de narices? ¡El canguro ha comprobado que puede volar! ¡Lo acaba de hacer! Felicidades de todo corazón.

¿Tú por qué tienes que sentarte en el marco de la ventana, querido tordo?

—No, yo no tengo que sentarme en el marco de la ventana, ¿y tú?

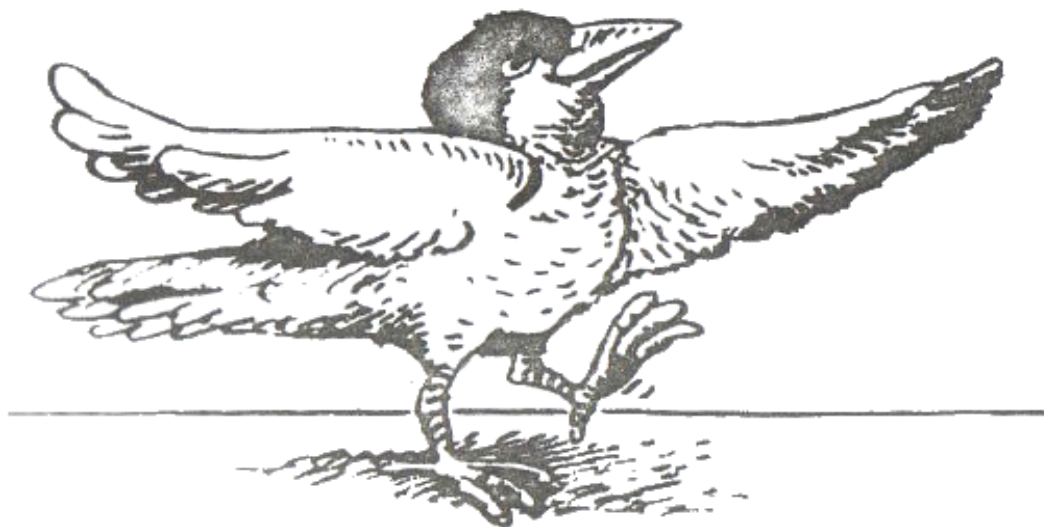
—Yo tampoco, querido tordo. Pero tal vez nuestra amiga, la mirla, sí. ¿Tú tienes que sentarte aquí, querida mirla? —continúa preguntando el tordo.

—¿Yo? Déjame pensar... No, yo tampoco, querido tordo —responde la mirla.

—¡Vaya! Ella tampoco —dice el tordo. Entonces le pregunta a los otros pájaros—: ¿Y ustedes tienen que sentarse en la ventana del canguro?

—No, para nada.

—Yo tampoco tengo que hacerlo.



—Ni yo.

—¡No, por supuesto que no!

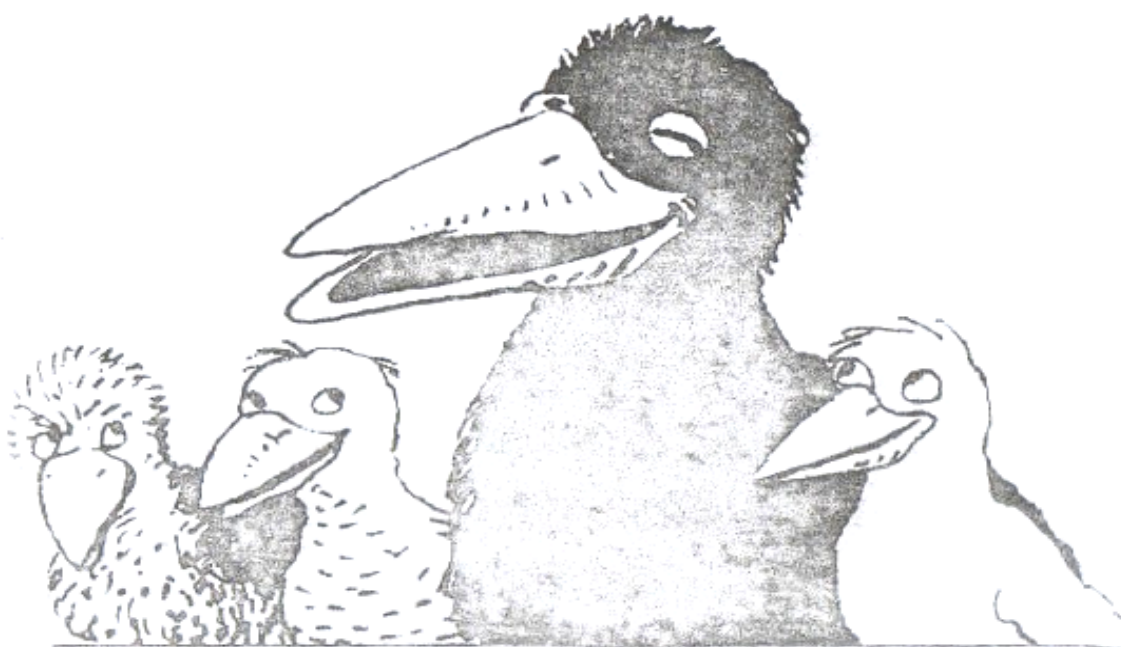
—¿Piensan que yo tendría?

—No, que tontería —contestan todos alegremente.

Entonces el gorrión se da cuenta de que las dos últimas frases riman y empieza a cantar muy entusiasmado:

—¿Piensan que yo tendría? No, qué tontería...

—Sí, sí, sí, yo tengo, yo tengo —dice el cuervo entrometiéndose y picándole el ojo a los demás pájaros—. Mi abuela dijo: A las cinco de la mañana, póstate en el marco de la ventana del



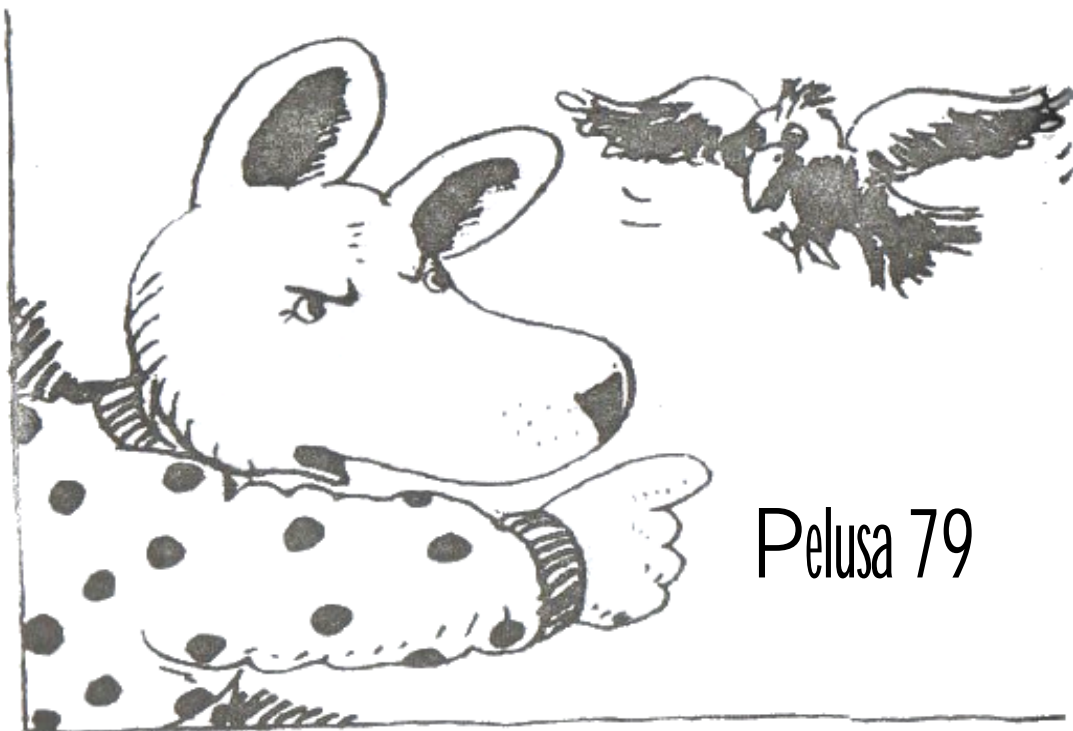
volar? Eso lo puede hacer hasta el animal más pequeño del mundo.

—¡Oh, qué interesante! —grazna el cuervo—. ¿Cualquier animal pequeño puede volar? ¿Piensas, acaso, que tu amigo el ratón lo pueda hacer?

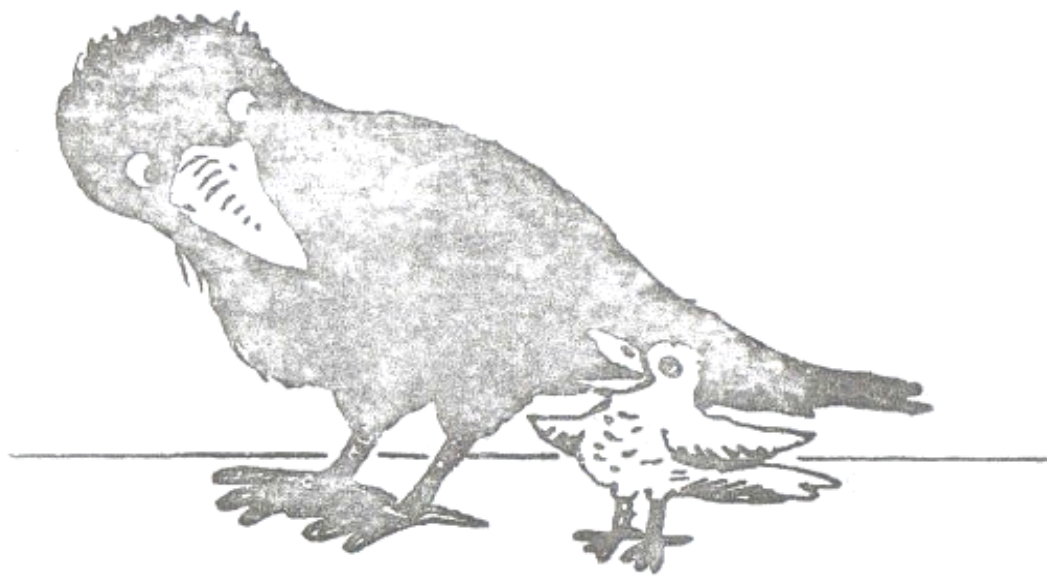
—No, pero el cucarrón volador sí —aclara el canguro con voz triunfante.

El cuervo está desconcertado. Nunca había pensado en el cucarrón volador. Por primera vez no tenía una respuesta insolente para el canguro.

—Pues yo conozco una cantidad de



Pelusa 79



ratones que pueden volar —añade el canguro—. No crean que ustedes son los únicos.

Pero el cuervo, una vez más, dice en tono despectivo:

—Ratones, ¿han oído eso? ¡El cangurito conoce ratones que vuelan! —grita—. ¿Y cuándo podríamos ver a esos maravillosos ratones voladores? ¿Nos los vas a mostrar? ¿O quizá ya se fueron volando al Africa y luego a Alaska?

—Seguro que no se han ido —responde el canguro—. Esta noche les presentaré a uno.

—¿Esta noche? —exclama la alondra—. Esta noche estaremos en el

nido. Tú lo sabes perfectamente. ¡Lo que quieres es escaparte!

—¡Claro! Me olvidaba de que ustedes se acuestan con las gallinas —dice el canguro—. Entonces nos vemos a las seis, en el jardín. ¡Y ahora, déjenme dormir!

El canguro cierra la ventana, se acuesta de nuevo y se duerme profundamente.

Por la tarde va a visitar a su amigo el ratón y le cuenta el plan.

—Eso está bien, muy bien —dice el ratón—. Se lo diré a mis primas, las musarañas. Ellas nos ayudarán.

El canguro y el ratón van juntos a visitar a las primas musarañas.



Allí, el canguro les explica de nuevo el plan.

—¿Debemos sentarnos en un globo? ¿No es muy peligroso? —pregunta la primera musaraña.

—No, no se tienen que sentar en el globo sino en la canasta que cuelga de él —explica el canguro pacientemente.

—¿Y si el globo se cae? —pregunta la segunda musaraña—. Esos pájaros insolentes pueden pinchar el globo y hacerlo caer.

—No seas tan miedosa —dice la tercera, la menor de las musarañas.

—¡Será una gran aventura! —las tranquiliza el canguro—. Además, no irán muy lejos en el globo. Sólo deben hacer lo que les dije.

Y les explica el resto del plan. El ratón y las tres musarañas están entusiasmadísimas y felices de gastarles una broma a esos pájaros insolentes.

—Nos divertiremos mucho —afirma el ratón y las musarañas añaden:

## Pelusa 79



—Está bien. Nos unimos.

Al canguro solamente le hace falta conseguir una caja grande.

—Es mejor preguntarle al perro. El siempre está informado sobre esas cosas.

El perro está tomando el sol, como siempre, cuando el canguro y el ratoncito llegan a verlo.

—Oye, ¿por casualidad no has visto alguna caja por ahí? —le pregunta el canguro.

El perro piensa:

—Hmm, he visto muchas cosas. Un gran hueso, una lata de metal medio

llena..., pero no he visto ninguna caja. Solamente un pedazo de cartón; allí al frente.

—¿Un pedazo de cartón con una tapa? —pregunta el ratón.

El perro asiente.

—Sí; tenía una tapa y la tenía arriba.

—Eso es precisamente lo que necesitamos —exclama el canguro—. ¿Dónde está? ¿Por qué no lo habías dicho antes?

El perro se rasca la oreja derecha con la pata derecha.

—¿Por qué? —pregunta—. Pues porque ustedes me preguntaron por una caja.

—Pero si es lo mismo —dice el ratón.

—¿De verdad? Qué bueno saberlo, pero ¿para qué necesitan una caja?

El canguro y el ratón miran a su alrededor, antes de contestar. Es mejor cerciorarse de que ningún pájaro los esté escuchando.

Luego le susurran el plan al oído.



Las tres musarañas atiborran la cesta que cuelga del globo con montañas de queso. El ratón lleva cajas y cofres hacia allá. El perro trae una maleta de viaje. El canguro ha sacado de su casa un globo terráqueo y un mapa. Parecería que alguien fuera a viajar por cuatro semanas.

En el pasto, junto a la canasta, hay cajas grandes y pequeñas. También hay una con agujeros.

Cuando todo está metido en la cesta del globo, las tres musarañas se ponen chaquetas de cuero, y se colocan gorras y gafas de aviador.

Parecen verdaderos aventureros.

—¿Ven eso? —susurra el pinzón—.

El canguro ha construido un globo para las musarañas, y así van a poder volar. ¡Hemos hecho el ridículo! ¡Sí hay ratones voladores!

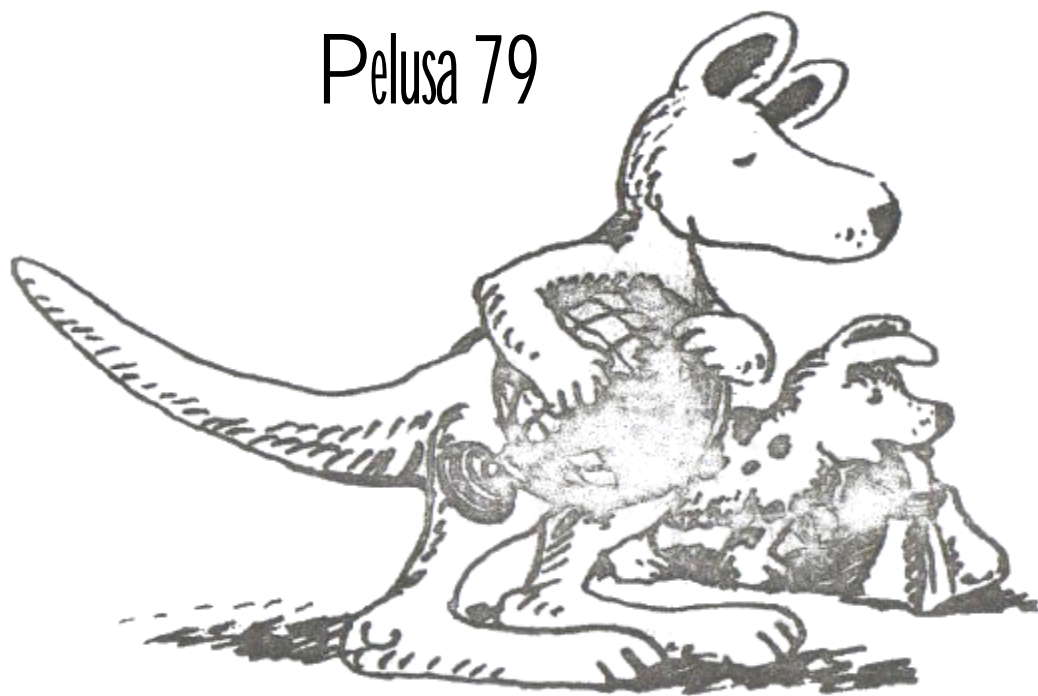
—Pero cargaron el globo con muchas cosas.

—Tal vez no se eleve; pesa demasiado —dice el cuervo. Y dirigiéndose al canguro le pregunta alzando la voz—. ¿Con qué gas has inflado tu lindo globo?

—¿Cómo así? ¿Cuál gas? Si yo mismo lo he inflado. ¡Yo solo!

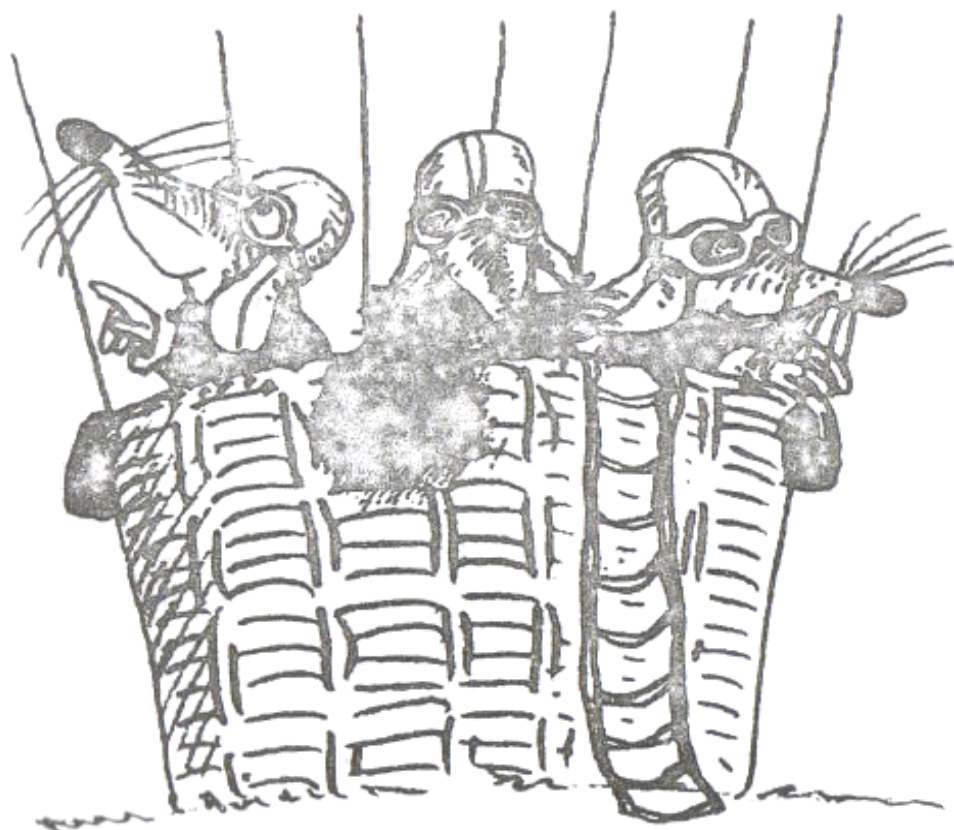
El cuervo apenas puede contener la risa.

## Pelusa 79



—¿Han oído eso? ¿Lo han oído?  
—le pregunta en voz muy alta a los demás pájaros—. Infló el globo como si fuera un globo de niños. ¡Lo llenó de aire normal! ¡Así no podrán subir! ¡Han debido inflarlo con un gas ligero! Debe volar tan bien como una piedra. ¡Esto será muy divertido!

Las tres musarañas se sientan juntas en la canasta. Frente a ellas se amontonan cofres y cajones, maletas y cajas. Sobre la hierba sólo queda una caja con huecos en la tapa.





—Ahora va a comenzar —anuncia el canguro—. Los pájaros presumidos van a ver ratones voladores.

—¿Vamos a ver qué? —pregunta el cuervo muy antipático—. Me temo que tus musarañas no se elevarán ni tres centímetros sobre el suelo.

—Ni dos centímetros —dice el pájaro carpintero.

—Ni dos milímetros —grita el gorrión.

—Podemos apostar —propone el

El perro trota despacio hacia la caja con huecos y la abre.

—¿Qué pasó con el globo? ¿Al fin cuándo va a volar? —pregunta el cuervo.

—Sí, ¿cuándo volará? Estamos impacientes —dicen los demás pájaros.

—¿Quién habló de un globo volador? —pregunta el canguro—. Yo nunca hablé de un globo volador. Siempre hablé de ratones voladores, y eso es lo que verán enseguida.

El canguro se inclina sobre el cartón y dice:

—Pueden salir.

—¡Al fin! —dice una voz desde la caja.

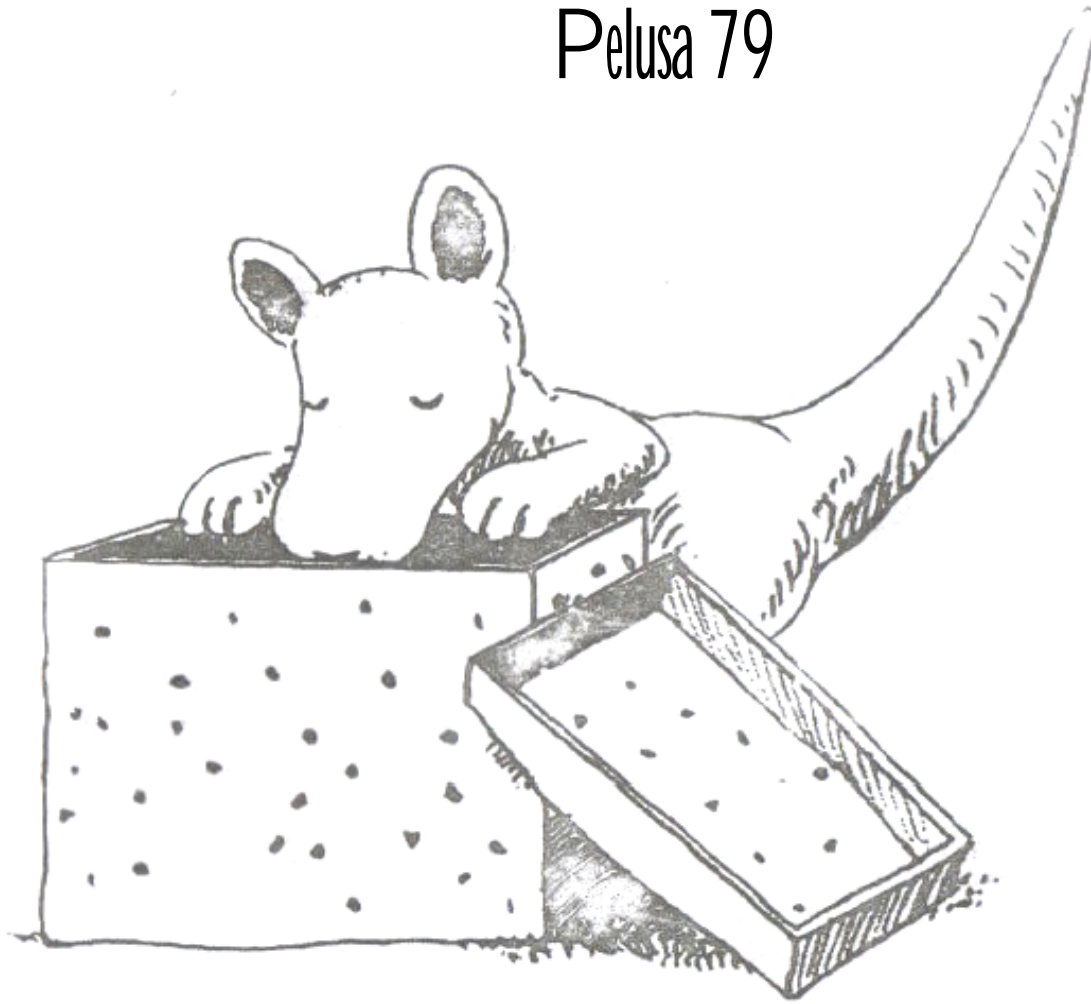
—Se estaban demorando demasiado —dice otra.

Y salen dos murciélagos.

Primero se posan al pie de la caja. Luego abren las alas y se echan a volar.

Dan dos vueltas sobre el techo de la casa; pasan zumbando sobre los pája-

## Pelusa 79



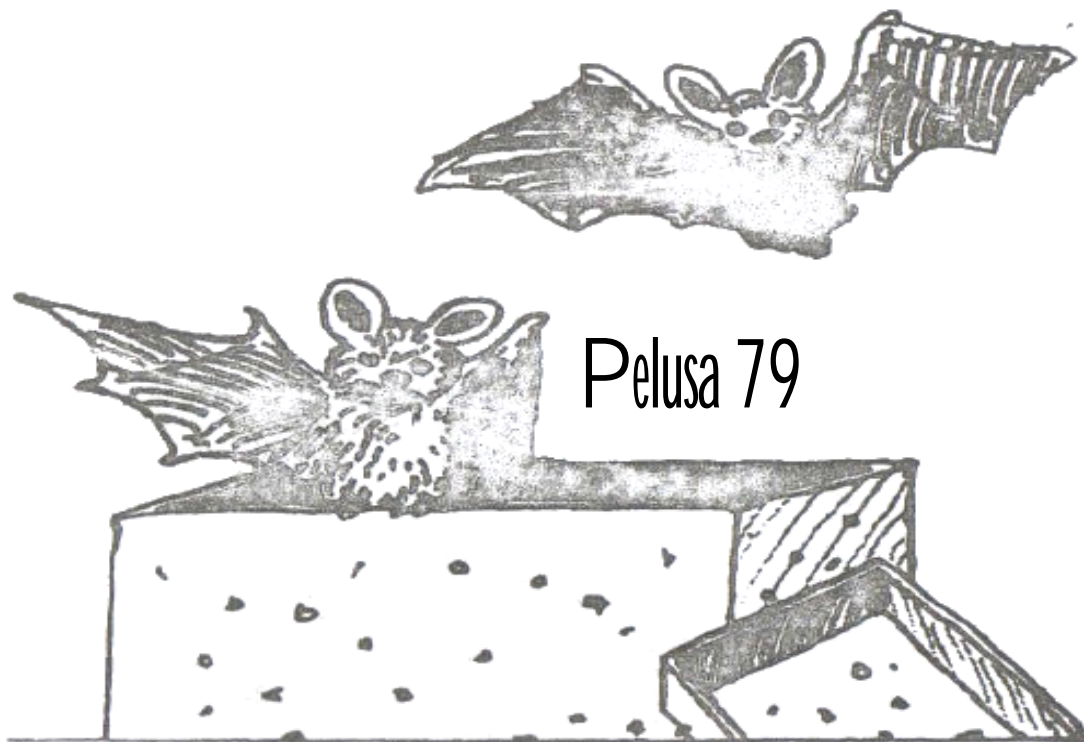
ros desconcertados, rodean una encina muy alta y poco después desaparecen en el cielo de la tarde.

—Esos... ésos... —el cuervo pierde la voz.

—Pero... ésos... ésos... —musita el pájaro carpintero.

—Pero ésos ¡eran murciélagos! —puede decir por fin el cuervo.

—¡Sí, sí, exacto! ¡Murciélagos! —afirma el canguro—. Ratones, ratas,



## Pelusa 79

musarañas, murciélagos. ¿Qué diferencia hay? Lo importante es que dos ratones volaron y yo gané mi apuesta.

—¡El canguro ha ganado la apuesta!  
—gritan el perro y el ratón y bailan alrededor del campo.

El cuervo queda mudo. Los demás pájaros también, todos sentados en la cerca o en sus nidos.

—Gracias por socorrerme, queridas musarañas —dice el canguro y las ayuda a bajar a tierra—. Por supuesto que se pueden quedar con el queso.

—Sí. Gracias, queridas primas —

dice también el ratón—. Sin ustedes los pájaros se hubieran dado cuenta de que eran murciélagos y no hubieran apostado.

—Fue divertidísimo —dice la primera musaraña.

—Sí, verdad. Me sentí como en un viaje alrededor del mundo —dice la segunda musaraña.

—Lástima que se hubieran ido —dice la tercera musaraña, la más pequeña.

El canguro llama a los pájaros:

—Bueno, ¿por qué están tan callados? Ah, claro, son las seis, ¡hora de ir



a dormir! Les deseo tranquilidad y dulces sueños. Mis amigos y yo nos vamos a casa. ¿Nos disculpan, verdad?

—Y que sueñen con ratones voladores —dice el ratón.

—Y con comida —dice el perro.

—¿Con comida? ¿Por qué con comida? —pregunta el canguro.

—Porque tengo hambre —explica el perro.

Entonces el canguro, el perro, el ratón y las musarañas se van a su casa a preparar una buena cena.

Hay algo que se les debe reconocer a los pájaros aunque sean tan impertinentes y frescos: si pierden una apuesta, cumplen lo prometido. Desde ese día jamás han vuelto a despertar al canguro con sus gritos.

## OTROS TITULOS



**Torre roja (a partir de 7 años):** Pelusa 79

*De por qué a Franz le dolió el estómago*  
Christine Nöstlinger

A Franz no le gustan algunas cosas de la escuela, entre ellas su maestro Zac Zac y su peor enemigo, Daniel Eberhard. Zac Zac les habla a los niños como si fueran soldados. Sólo dice frases como «¡Siéntense!», «¡Abran el cuaderno!» o «¡Cállense!» Por su parte, Daniel Eberhard no hace más que burlarse de Franz porque es el niño más pequeño de la escuela. La abuelita de Franz y Lily le ayudan a solucionar ambos problemas, pero ¡qué líos en los que lo meten!

*Más historias de Franz*  
Christine Nöstlinger

Franz tiene seis años y seis meses, y es muy amigo de Gabi, su vecina. Ambos asisten a la misma escuela, pero no están en el mismo salón de clase. Gabi no puede creer que Franz ya haya aprendido a leer, e



Torre de Papel  
GRUPO  
EDITORIAL  
**norma**

## El canguro aprende a volar

Los pájaros se posan en la ventana del canguro todas las mañanas al amanecer, y hacen tal alboroto que no lo dejan dormir. El canguro está desesperado y no sabe qué hacer. Como no entiende por qué los pájaros presumen tanto y son tan insolentes, decide mostrarles que no son los únicos animales que pueden volar.



### Paul Maar

Nació en Alemania. Estudió bellas artes y fue profesor durante 10 años. Es autor e ilustrador de libros infantiles y ha escrito obras de teatro y guiones de televisión para niños. Sus obras han recibido premios internacionales y se han traducido a varios idiomas. Actualmente vive en Bamberg, Alemania.

CC 11060

ISBN 958-04-1490-4



9 789580 414902

A partir de 7 años